

Comentarios

Demócrata cristianos y nuevos social cristianos: ¿actores inviiables del centro político?

Una de las características más claras evidenciadas por el dinamismo del sistema de partidos entre la firma del acuerdo de paz y los comicios generales de 1994 fue la atracción ejercida por el centro político. Tanto las fuerzas representativas de la derecha como de la izquierda se sintieron atraídas hacia él en ese entonces. La significativa moderación de posiciones extremas, traducida en una fuerte búsqueda del consenso caracterizó el comportamiento estratégico de las principales fuerzas políticas enfrentadas en la arena electoral, en ese tiempo. Teóricamente, los regímenes democráticos son compatibles o funcionan mejor adoptando sistemas de partidos, en los cuales predominan las posiciones "centristas". Esto es, las posiciones moderadas por lo general suelen encontrar mayores posibilidades de éxito si se sostienen al interior de sociedades organizadas de acuerdo a las reglas de la democracia.

Quizá por eso, entre las principales novedades políticas, registradas en el terreno de la dinámica interpartidaria en estos primeros meses de 1996, se destaca la aparición, una vez más, de ese renovado empeño por fortalecer a los partidos políticos identificados o adscritos a proyectos y propuestas programáticas del centro. Se trata de una tendencia clara y recurrente del régimen político salvadoreño, en virtud de la cual se perseguiría construir una o algunas fuerzas políticas autónomas viables y realmente competitivas, caracterizadas por la despolarización de la confrontación interpartidaria. En tiempos recientes, este esfuerzo fue asumido con gran convicción, pero, a decir verdad, con re-

sultados prácticos poco consistentes, por Convergencia Democrática y por el Partido Demócrata.

Ahora bien, aquí exploraremos la última manifestación de este fenómeno particular de recomposición interpartidaria y discutiremos sus posibilidades de desarrollo. En concreto, pues, examinaremos el relanzamiento del Partido de Renovación Social Cristiano (PRSC), que busca organizar y conducir, acompañado por Convergencia Democrática y el Partido Movimiento de Unidad (MU), en una todavía frágil alianza, el surgimiento de un movimiento opositor de centro, potencialmente aglutinador de todas las expresiones ideológicas de factura socialcristiana para acudir a los próximos comicios de marzo de 1997. Sin embargo, cabe destacar que, como la otra cara de una misma moneda, el fortalecimiento del Partido Renovación Social Cristiano ha tenido lugar al mismo tiempo que se escribía el capítulo más reciente del proceso de descomposición del Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Esta complejidad, inherente a las readecuaciones interpartidarias, indica que aún es muy difícil vaticinar de manera razonable y fundada las verdaderas expectativas de éxito de este nuevo intento para potenciar las posiciones de centro del espectro político. Las perspectivas abiertas son, ciertamente, más bien negativas y pesimistas. Las propuestas de centro han adolecido hasta ahora de una incuestionable debilidad estructural en el país. Esa debilidad se ha manifestado, sobre todo, en los escasos niveles de votación, registrados en los últimos comicios y en la baja preferencia ciudadada-

na, observada en los diversos y sucesivos sondeos de opinión pública de todos aquellos partidos —o, incluso, candidatos— que se han autoproclamado de centro. De esta suerte, todos los esfuerzos previos realizados por los diversos partidos políticos de centro han fracasado. Es decir, los partidos de centro han fracasado en su empeño por fortalecer o modificar su estructura organizativa, crear o ampliar su influencia en el proceso de toma de decisiones, representar efectivamente a los principales grupos de interés de la sociedad, y, en suma, en contribuir a la adecuada afirmación y consolidación de la transición democrática todavía en marcha.

Veamos como este fenómeno de transformación inter e intra partidaria se ha manifestado en la virtual desintegración del Partido Demócrata Cristiano y en la consolidación paralela como fuerza partidaria emergente del Partido de Renovación Social Cristiano. Al analizar la última fractura del primero, cabe señalar que ningún observador de la vida política nacional se mostró sorprendido ante la eclosión de las ya seculares divisiones internas y los agudos conflictos de intereses que periódicamente han venido atravesando las estructuras organizativas del Partido Demócrata Cristiano. Su nueva crisis, que irrumpió en la primera semana de enero y que desde entonces fue adquiriendo fuerza sin haber llegado todavía a un desenlace con un ganador claro, ha tenido como protagonistas a dos camarillas, enfrentadas entre sí: el sector identificado con los restos de la dirigencia política tradicional y un grupo emergente de “jóvenes” militantes, que en la actualidad controlan las principales estructuras de toma de decisión del partido.

Ahora bien, más allá de los puntos concretos de controversia y disputa entre ambas camarilla (ver *Proceso* 693, 698, y *ECA*, “Crónica del mes”, 1996, 567-568, pp. 95-102), interesa mostrar lo que es ya un patrón clásico en el desarrollo de las disputas internas del Partido Demócrata Cristiano. El reciente y nuevo escándalo que cimbra intensamente al partido, ciertamente, es una versión actualizada, aunque con protagonistas diferentes, de la lucha de facciones y camarillas que buscan hacerse del control de las estructuras de toma de decisión para llevar adelante sus carreras políticas, al margen de los marcos institucionales del propio partido.

Por lo general, las camarillas se enfrentan en contextos pre-electorales con el propósito inme-

diato de imponer a sus dirigentes como candidatos seguros. Sin embargo, el enfrentamiento es una ocasión para dirimir otras cuestiones internas tales como la orientación ideológica, las propuestas programáticas o también las estrategias de competencia electoral y renovación. La batalla interna suele ser intensa y se libra en todos los campos, incluido el legal e institucional. El enfrentamiento se decanta a favor de aquella camarilla que recurrió más hábilmente a los mecanismos de la competencia sucia (escaramuzas legales, “madruguetes”, acusaciones difamatorias, etc.), sin descartar la imposición por la fuerza y la arbitrariedad.

Otro de los rasgos característicos de las luchas internas del Partido Demócrata Cristiano es que la fracción triunfante se queda con el control total de aquél, precisamente, por la intensidad de la batalla y por no apearse a los procedimientos institucionales para resolver los conflictos. Ante este resultado, la fracción perdedora no tiene más alternativa que abandonar el partido. También ha sido propio de estos conflictos que la fracción perdedora haya representado siempre, al menos a nivel de discurso formal y quizá también en el de las intenciones prácticas, las aspiraciones y los intereses para renovar y modernizar el partido. En otras palabras, suele ser la fracción interesada en convertir el partido en una opción política alternativa viable, revitalizándolo ideológicamente y reestructurándolo organizativamente. En cambio, la fracción ganadora únicamente está interesada en seguir medrando del acceso a los cargos públicos que su base electoral, muy deteriorada, pero aún significativa, le facilita con sus votos.

Obviamente, en el desarrollo de cada crisis interna, el esquema general esbozado arriba presenta siempre algunas variaciones, algunas de ellas importantes. En el actual conflicto, quizá lo más destacado sea que ninguna de las fracciones enfrentadas ofrece alternativa real de renovación para el partido. En cualquier caso, semejante cosa no se puede esperar de la fracción de jóvenes ambiciosos, pragmáticos y eventualmente corruptos. Pero es igualmente claro que la recuperación del cascarón institucional en que ha quedado convertido el Partido Demócrata Cristiano no podrá resurgir en manos de los viejos militantes —algunos de los cuales son responsables de la corrupción gubernamental de la década pasada. Por lo tanto, cada vez es más evidente que el Partido Demócrata Cristia-

no está siendo consumido por sus propias contradicciones internas, algunas de las cuales se originan en el protagonismo y la ambición personal desmedidos de sus dirigentes, y en la incapacidad para transformarse y adaptarse a las nuevas exigencias del proceso socio político nacional.

En contrapartida, el reciente empeño del Partido de Renovación Social Cristiano por influenciar la dirección y la dinámica partidista desde un discurso socialcristiano remozado resalta con novedades importantes. No se trata, naturalmente, de ofrecer una visión maniquea y sesgada a favor de este partido. La crisis de los partidos y del sistema mismo es, de por sí, bastante aguda y el Partido de Renovación Social Cristiano es, justamente, una clara expresión de las transformaciones radicales experimentadas por el espectro interpartidario. El alcance y la magnitud de esa crisis obligan a analizar las potencialidades políticas de dicho partido, sobre todo cuando la coyuntura nacional¹⁵ está demandando una fuerza política de oposición realmente alternativa. En este sentido, cabe señalar que este partido es, en la actualidad, la única fuerza política con capacidad para recuperar y actualizar el legado ideológico del Partido Demócrata Cristiano así como también su tradición de oposición efectiva. A nadie se le escapa que, además, es el partido más idóneo para disputar con éxito la base electoral sensiblemente disminuida, pero todavía importante, de la democracia cristiana.

Entre las novedades del Partido de Renovación Social Cristiano cabe destacar su capacidad para atraer a sus filas a un conjunto de destacadas personalidades de la vida social salvadoreña, muchas de las cuales nunca antes habían militado en un partido político o habían participado, en sentido estricto, en la política partidista. La presencia de estas reconocidas personalidades le imprime al partido pluralidad ideológica, seriedad, originalidad y credibilidad. Sin embargo, la mayoría de los nuevos militantes del Partido de Renovación Social Cristiano proviene de antiguos miembros del Partido Demócrata Cristiano, quienes, descontentos con su dirigencia, habrían optado por integrarse a aquél tardíamente. El ejemplo más notable es Abraham Rodríguez, quien se ha convertido en presidente del Partido de Renovación Social Cristiano. Rodríguez cuenta con una reconocida trayectoria demócrata cristiana que se remonta a los orígenes del partido, es un político veterano y un gran empresario.



La presencia de Abraham Rodríguez al frente de la dirigencia del Partido de Renovación Social Cristiano es, en sí misma, una segunda fuente de expectativas. Al colocar a Rodríguez al frente del partido se está intentando aglutinar a las fuerzas descontentas y desorientadas alrededor de una figura que genera unidad, conciliación y propuesta. De hecho, en la coyuntura pre-electoral de 1994, Rodríguez intentó evitar la ruptura del núcleo de lo que ahora es el Partido de Renovación Social Cristiano con la democracia cristiana. En esa ocasión, Rodríguez trabajó para unir internamente al Partido Demócrata Cristiano, haciendo alianzas, que, desafortunadamente no llegaron a concretarse, y así fortalecer a la oposición (desde la izquierda al centro). Todo ello, alrededor de su figura.

La tercera novedad del Partido de Renovación Social Cristiano se encuentra en el discurso programático. De las nuevas figuras políticas se esperan, desde luego, nuevas propuestas convincentes. De momento, el énfasis está puesto en la moderación y la reconciliación. Para poder ser efectivo, este discurso debe concretarse en breve, estableciendo objetivos concretos y ofreciendo programas específicos para enfrentar los grandes desafíos del país. De su capacidad para cumplir estas tareas depende, en buena medida, el su éxito como movimiento emergente. Sus dirigentes parecen estar conscientes de este reto que, entre otras razones, ha hecho perder credibilidad a los otros partidos políticos en los sectores populares e incluso en otros sectores más proclives a participar activamente en la vida política.

Desde la izquierda, el Partido de Renovación Social Cristiano aparentemente no despierta preocupación mayor. En cambio, desde la derecha, la perspectiva es muy diferente. La dirigencia de ARENA ha recibido las novedades con una crítica mordaz, dejando traslucir su honda preocupación por un partido que eventualmente podría disputarle exitosamente su hasta ahora indiscutible fuerza hegemónica, en el ámbito interpartidario.

Más allá de este impacto coyuntural y de las novedades relativas introducidas por la reorganización del Partido de Renovación Social Cristiano, aún estamos lejos de un sistema de partidos de centro que, en principio, contribuiría a la despolarización de la sociedad salvadoreña y, por lo tanto, podría convertirse en una fuente de estabilidad y legitimidad para el régimen político.

Angel Sermeño

